se habia constituido vilmente prisionero de sus enemigos. No satisfecho con estas injurias, el mismo que las habia proferido, tomó el arco y disparó una flecha al monarca. La plebe, tan fácil á seguir el impulso que se le da, siguió su ejemplo, y por todas partes empezaron á oirse improperios, á llover piedras y flechas hácia el punto en que el rey se hallaba. Los historiadores españoles dicen que aunque la persona de Moteuczoma estaba cubierta con dos rodelas, fué herido de una pedrada en la cabeza, de otra en una pierna, y de una flecha en el brazo. De allí fué llevado por sus ministros á su habitacion, mas atormentado por la indignacion y por la rabia, que por las heridas.

Entre tanto persistian los Mexicanos en el asalto, y los españoles en la defensa, hasta que algunos nobles llamaron á Cortés al mismo sitio en que habia sido herido el rey, y discurrieron con él acerca de ciertas condiciones que los historiadores no declaran. Cortés les preguntó por qué lo trataban como enemigo, no habiéndoles hecho él daño alguno. "Si quereis, le respondieron, evitar nuestras hostilidades, salid pronto de esta ciudad: si nó, estamos resueltos á morir, ó á daros muerte á todos." Cortés añadió que no se quejaba de ellos porque les temiese, sino porque ellos mismos lo obligaban á esterminarlos y á destruir tan hermosa ciudad. Los nobles se fueron repitiendo sus amenazas.

Concluidas finalmente las tres máquinas de guerra, salió con ellas Cortés el dia 28 ó 29 de junio, muy temprano (1), por una de las tres calles principales de la ciudad, á la cabeza de tres mil Tlaxcaltecas, y de otras fuerzas auxiliares, con la mayor parte de los españoles, y con doce piezas de artillería. Llegados que fueron al puente del primer canal, acercaron á las casas las máquinas y las escalas, para arrojar la turba que cubria las azoteas; pero fueron tantas y tan gruesas las piedras que les arrojaron, que las máquinas fueron muy en breve destrozadas. Los españoles combatieron animosamente hasta medio dia, sin poder pasar el puente; por lo que, volvieron avergonzados á los cuarteles, dejando uno de ellos muerto, y conduciendo con ellos muchos heridos.

(1) Es increible la variedad de los autores sobre el órden y las circunstancias de aquellos combates: yo sigo la relacion de Cortés, que me parece la mas segura.

COMBATE TERRIBLE EN EL TEMPLO.

Envanecidos con estas ventajas los Mexicanos, se fortificaron quinientos nobles en el atrio superior del templo mayor, bien provistos de armas y víveres, y de allí empezaron á hacer gran daño á los españoles con piedras y flechas, miéntras otras tropas los atacaban por la calle. Mandó Cortés un capitan con cien soldados á rechazar á los nobles de aquel punto, que por estar muy alto, y próximo á los cuarteles, los dominaba enteramente; pero habiendo emprendido la subida, fueron vigorosamente rechazados. Determinóse por tanto el general á dar él mismo el asalto, á pesar de tener desde el primer ataque una grave herida en la mano izquierda. Atóse la rodela al brazo, y habiendo circundado el templo de un número competente de españoles y Tlaxcaltecas, empezó á subir por las escaleras con una gran parte de su tropa. Los nobles sitiados defendian briosamente la subida, y echaron por tierra algunos españoles, mientras otras fuerzas mexicanas, que habian entrado en el atrio inferior, luchaban furiosamente con los que lo rodeaban. Cortés, aunque con mucha fatiga y dificultad, logró poner el pié con los suyos en el atrio superior. Allí fué el mayor peligro y el mas arduo empeño del conflicto, el cual duró tres horas. De los Mexicanos, unos murieron á los filos de la espada, otros se arrojaron á los atrios inferiores, donde siguieron peleando, hasta perder todos la vida. Cortés mandó pegar fuego á los santuarios, y se retiró en buen órden á sus cuarteles. La accion costó la vida á cuarenta y seis españoles, y todos los otros salieron heridos y cubiertos de sangre. Este famoso combate fué uno

de los mas terribles y encarnizados de aquella guerra: por esto lo representaron despues de la conquista, tanto los Mexicanos como los Tlaxcaltecas, en sus pinturas.

Algunos historiadores añaden á esto el gran peligro en que dicen que se halló Cortés de ser precipitado por dos Mexicanos, los cuales, resueltos á sacrificar la vida en bien de su patria, lo agarraron en el borde del atrio superior, para dejarse caer con él á los atrios bajos, creyendo poner fin á la guerra con la muerte del general; pero este hecho de que no hacen mencion Cortés, Bernal Diaz, Gomara, ni ninguno de los historiadores antiguos, se ha hecho todavía mas inverosímil por las circunstancias que le añaden algunos escritores modernos (1).

Regresado Cortés á los cuarteles, se abocó de nuevo con unos Mexicanos de alta clase, representándoles el daño que recibian los habitantes, de las armas españolas. Ellos respondieron que nada les importaba, con tal que todos los españoles pereciesen; lo cual habria de verificarse, si nó á manos de los Mexicanos, de resultas del hambre que padecerian encerrados en aquel edificio. Cortés, habiendo observado aquella noche algun descuido en los ciudadanos, salió con algunas compañías, y encaminándose por una de las tres calles principales, incendió mas de trescientas casas (2).

(1) Solis dice que los dos Mexicanos se acercaron de rodillas á Cortés, en actitud de implorar su clemencia, y sin tardanza se lanzaron sobre él, y lo arrojaron al suelo, aumentando la violencia del impulso con la fuerza natural de sus cuerpos: que Cortés se desembarazó de ellos y los rechazó, aunque no sin dificultad. Yo la tengo muy grande en creer una fuerza tan estraordinaria en Cortés. Los humanísimos Rainal y Robertson, movidos á compasion, segun parece, de la situacion de Cortés, lo socorren, aquel con unas almenas, y este con unas rejas, en que pudo apoyarse para deshacerse de los Mexicanos; pero ni estos usaron jamas rejas, ni el templo mayor tenia almenas en el atrio superior. Es estraño que estos autores, tan incrédulos de lo que dicen los historiadores españoles é indios, crean lo que no se halla en ningun escritor antiguo, siendo, ademas, un hecho tan inverosímil.

(2) Cortés dice que quemaba las casas; mas esto no quiere decir que ardian todas, quedando reducidas á cenizas, sino que les pegaba fuego, el cual en algunas hacia mucho daño, en otras poco, y en otras ninguno. Bernal Diaz dice que costaba trabajo hacerlas arder, porque todas tenian azoteas, y estaban separadas unas de otras.

Al dia siguiente, despues de reparadas las máquinas, salió con ellas y con la mayor parte de sus tropas, y marchó por el gran camino de Iztapalapan, con mejor éxito que la primera vez; porque á despecho de la vigorosa resistencia que hacian los enemigos en las trincheras que habian construido para defenderse del fuego de los españoles, ganó los cuatro primeros puentes, y quemó algunas casas, aprovechándose de los materiales para llenar los fosos, á fin de que no hubiese dificultad en el paso, si los enemigos llegaban á levantar los puentes. Dejó en aquellos puestos suficiente guarnicion, y volvió al cuartel con muchos soldados heridos, dejando diez ó doce muertos.

A otro dia continuó sus ataques por el mismo camino, ganó los tres puentes que le faltaban, y persiguiendo á los que los defendian, llegó por fin á tierra firme. Miéntras se empleaba en llenar los fosos para verificar, como es de creerse, su retirada de la corte, por el mismo camino por donde habia entrado en ella siete meses ántes, se le dijo que los Mexicanos querian capitular, y deseoso de oir sus proposiciones, volvió apresuradamente con la caballería, dejando á la infantería de guardia en los puentes. Los Mexicanos le dijeron que estaban prontos á suspender las hostilidades; mas que para efectuar la capitulacion, necesitaban tener la persona de un sumo sacerdote, que habia sido hecho prisionero en el ataque del templo mayor. Cortés mandó ponerlo en libertad, y en seguida quedó ajustado el armisticio. Esta parece haber sido una estratagema de los electores, para recobrar al gefe de su religion, de cuya presencia necesitaban para la uncion del nuevo rey que habian elegido, ó iban á elegir; porque apénas tuvo Cortés la satisfaccion de haber concluido aquel convenio, cuando llegaron algu-

nos Tlaxcaltecas con la nueva de que los Mexicanos habian vuelto á tomar los puentes, y dado muerte á algunos españoles, y que se aproximaba una multitud de guerreros hácia los cuarteles. Cortés salió á su encuentro con la caballería, y recobró los puentes, rompiendo por medio de los contrarios, con gran peligro y fatiga; pero cuando estaba ganando los últimos, ya los Mexicanos habian vuelto á tomar á los españoles los cuatro primeros, quitando tambien los materiales con que estos habian llenado los fosos. Cortés volvió á recobrarlos, y se retiró á los cuarteles con toda su gente cansada, mal parada y herida.

En su carta á Cárlos V, Cortés le habla del gran peligro que corrió aquel dia, de perder la vida, y atribuye á una particular providencia de Dios el haber podido preservarla, en medio de tan gran muchedumbre de enemigos. Es cierto que desde el momento en que los Mexicanos se sublevaron contra los españoles, hubieran podido en poco tiempo esterminarlos á ellos y á sus aliados, si hubieran observado mejor órden en los ataques, y si hubiera reinado mayor concordia entre los gefes subalternos que los dirigian; mas estos no estaban de acuerdo, como diré despues, y el populacho se dejaba llevar tan solo por el ímpetu de su desordenado furor. Por otra parte, los españoles parecian hechos de hierro, pues ni cedian al rigor del hambre, ni á la necesidad del sueño, ni á las heridas, ni á la fatiga incesante. Despues de haber empleado todo el dia peleando, pasaban la noche enterrando á los muertos, curando á los heridos, y reparando los males que los Mexicanos habian hecho en el edificio que ocupaban; y aun durante el poco tiempo que dedicaban al reposo necesario, no dejaban jamas las armas de la mano, hallándose siempre dispuestos á presentarse á sus enemigos. Pero aun mas se conocerá la dureza de aquellos hombres, en los terribles combates que referiré muy en breve.

MUERTE DE MOTEUCZOMA II Y DE OTROS PERSONAJES.

En uno de aquellos dias, que probablemente seria el 30 de junio, murió, dentro del alojamiento de los españoles, el rey Moteuczoma, á los cincuenta y cuatro años de edad, y diez y ocho de reinado, en el sétimo mes de su encarcelamiento. Acerca de la causa y de las circunstancias de este acaecimiento, reina tanta variedad entre los historiadores, que parece imposible averiguar la verdad. Los historiadores mexicanos atribuyen su muerte á los españoles, y los españoles á los Mexicanos. Yo no puedo creer que los españoles se decidiesen á quitar la vida á un rey á quien debian tantos bienes, y de cuya muerte solo podian aguardar grandes males. Segun Bernal Diaz, autor sincerísimo, y testigo ocular, su pérdida fué llorada, no ménos por Cortés, que por todos los capitanes y soldados, como si todos hubieran perdido en él un padre. En efecto, Moteuczoma los favoreció estraordinariamente, sea por inclinacion, sea por miedo: siempre se les mostró benévolo y sincero; á lo ménos no hay razon para creer lo contrario, ni se sabe que recibiesen de él un solo disgusto, como ellos mismos lo confesaron (1).

Sus buenas y malas calidades pueden inferirse de la relacion de sus hechos. Fué circunspecto, magnífico, liberal, celoso defensor de la justicia, agradecido á los beneficios de sus súbditos; pero su altanera circunspeccion hacia inaccesible el trono á los

(1) Cortés y Gomara aseguran que Moteuczoma murió de la pedrada que recibió de sus vasallos. Solis dice que la muerte fué efecto de no haber querido curarse la herida. Bernal Diaz añade á esta omision la voluntaria inedia. Herrera dice que la herida no era mortal, sino que murió de pesadumbre y despecho. Sahagun y los historiadores mexicanos y texcocanos, afirman que los españoles lo mataron, y uno de ellos refiere que un soldado lo atravesó por una ingle. Entre estos historiadores, unos dicen que la muerte ocurrió la noche de la derrota de los españoles, otros que fué ántes. Acosta, Torquemada y Betancourt, se refieren al juicio divino.

lamentos de los oprimidos; su magnificencia y su liberalidad, se ejercian á espensas de la sustancia de los pueblos, y su justicia degeneraba á veces en crueldad. Fué exacto y puntual en los deberes de la religion, muy adicto al culto de sus dioses y á la observancia de los ritos (1). En su juventud fué animoso y dado á la guerra, habiendo quedado victorioso, segun dicen, en nueve batallas; pero en los últimos años de su reinado, los placeres domésticos, la fama de las primeras victorias de los españoles, y sobre todo, los errores de la supersticion, habian degradado de tal manera su ánimo, que parecia haber mudado de sexo, como decian sus súbditos. Deleitábase en la música y en la caza, y era tan diestro en el ejercicio del arco, como en el de la cerbatana. Era de alta estatura y buena complexion, y tenia el rostro largo y los ojos vivos.

Dejó muchos hijos, tres de los cuales perecieron en la infausta noche de la derrota de los españoles, ó á manos de estos, como dicen los Mexicanos, ó á manos de los Mexicanos, como aquellos aseguran. De los que sobrevivieron, el mayor era Tohualicahuatzin, que en el bautismo se llamó D. Pedro Motezuma, y de quien descienden los condes de Motezuma y Tula. Tuvo Moteuczoma este hijo de Miahuaxochitl (2), hija de Ixtlilcuechahuac, señor de Tula, ó Tollan. De otra muger tuvo á Tecuichpotzin, hermosa princesa, de quien descienden las dos nobles casas de Cano Motezuma, y Andrade Motezuma. Ademas de estos, se sabe que tuvo otro hijo, señor de Tenayocan, el cual habiéndose escapado, y refugiádose en Tepozotlan, cuando los españoles salieron derrotados de México, fué despues solemnemente bautizado, próximo ya á morir, á fines del año de 1524, ó á principios del siguiente (1). Los reyes católicos concedieron singulares privilegios á la posteridad de Moteuczoma, en atencion al inapreciable servicio que les hizo aquel monarca, incorporando á la corona de Castilla, por sucesion voluntaria, un reino tan grande y rico como el de México. ¡Dichoso si despues de haber cedido á la España su reino, hubiera sabido granjearse el del cielo! Pero ni las reiteradas instancias que le hizo Cortés durante el tiempo de su encarcelamiento, ni las continuas exhortaciones que empleó el P. Olmedo, especialmente en los últimos dias de su vida, pudieron inducirlo á abrazar la fe de Jesucristo (2), que despues adoptaron tan fácilmente sus vasallos. ¡Consejos altísimos de la predestinacion, que no pueden indagar los mortales!

Cortés notició la muerte del rey al príncipe Cuitlahuatzin, por medio de dos ilustres prisioneros, que habian sido testigos de aquel suceso, y de allí á poco envió el real cadáver con seis nobles Mexicanos, acompañados de muchos sacerdotes que estaban en su

(1) Solis dice que aquel monarca apénas doblaba la cerviz á sus dioses, que tenia mas alta idea de sí mismo que de ellos &c. Pero esta y otras especies, que afirma aquel escritor, son contrarias a la verdad y al testimonio de los autores indios y españoles que conocieron á Moteuczoma. El mismo Solis añade que el demonio lo favorecia con frecuentes visitas; credulidad estraña en un cronista mayor de las Indias.

[2] Solis, adulterando, como suele, el nombre de esta reina, la llama Niagua Suchil. Sobrevivió á la conquista, y tomó en el bautismo el nombre de Doña María Miahuaxochitl.

[1] Este príncipe tomó en el bautismo el nombre de su padrino Rodrigo de Paz, primo del conquistador Cortés. Asistieron á la solemnidad los magistrados españoles de aquella corte, y su cadáver fué enterrado con la pompa correspondiente en la iglesia de S. José de padres franciscanos, primera parroquia de México.

[2] Diego Muñoz Camargo, noble Tlaxcalteca, dice en sus MS que Moteuczoma recibió el bautismo poco ántes de morir, y aun nombra sus padrinos, que fueron Cortés, Alvarado y Olid; mas todo esto es falso, pues no puede creerse que aquel general, en su carta á Cárlos V, omitiese un hecho tan importante, y que tanto conducia á su justificacion. Bernal Diaz, testigo ocular, cita la pesadumbre del P. Olmedo por no haber podido reducir aquel monarca al cristianismo. Gomara dice que Moteuczoma pidió el bautismo en el carnaval de aquel año; que se difirió hasta la pascua, para hacerlo con mas solemnidad, y que entónces todo se trastornó con la llegada de Pánfilo Narvaez; pero no tiene duda que la noticia de la espedicion de este gefe llegó á México despues de pascua.

poder (1). Su vista escitó un gran llanto en el pueblo (último homenaje que le tributaban), y ya encomiaban con magníficas espresiones sus virtudes los mismos que poco ántes no hallaban en él sino vicios é infamia. La nobleza, despues de haber derramado copiosas lágrimas sobre los frios restos de su desventurado rey, llevó el cadáver á un sitio de la ciudad, llamado Copalco (2), donde fué quemado con las ceremonias de estilo, y enterradas con suma reverencia las cenizas, aunque no faltaron hombres indignos que las insultaron con denuestos.

En aquella misma ocasion, si es cierto lo que refieren algunos historiadores, mandó Cortés arrojar á un sitio llamado Tehuayoc, los cadáveres de Itzcuauhtzin, señor de Tlatelolco, y de otros señores prisioneros, muertos todos, segun afirman, por órden del mismo Cortés, aunque ninguno espresa el motivo de aquella resolucion, que en caso de ser justa, nunca pudo ser prudente; pues la vista de aquellos estragos debia necesariamente irritar la cólera de los Mexicanos, é inducirlos á la sospecha de haber sido tambien aquellos estranjeros autores de la muerte de su monarca (3). Los Tlatelolcos llevaron en un barco el cadáver de su señor, y celebraron con grandes demostraciones de pesar sus exequias.

Entre tanto, continuaban los Mexicanos con mayor ardor sus ataques. Cortés, aunque hacia gran daño á los enemigos, y casi siempre salia vencedor, consideraba que las ventajas de sus triunfos no compensaba la sangre que costaba á sus compatriotas, y que al fin la falta de víveres y de municiones, y la superioridad de fuerzas contrarias, debian prevalecer sobre el valor de sus tropas, y la escelencia de sus armas. Creyendo, pues, absolutamente necesaria la pronta salida de su ejército, llamó á consejo á sus capitanes, para deliberar sobre el tiempo y modo de ejecutarla. Fueron diversos los dictámenes. Unos opinaban que debia hacerse de dia, abriéndose camino con las armas, si los Mexicanos se les oponian: otros preferian la noche, y esta fué la opinion de un soldado llamado Botello, que la echaba de astrólogo, y en quien Cortés confiaba mas de lo que debia, seducido por haber visto algunas de sus predicciones casualmente realizadas. Resolvió pues, prefiriendo los consejos de aquel ignorante á la luz de la prudencia militar, verificar su salida de noche, y con el mayor silencio posible, como si pudiesen bastar todas sus precauciones para ocultar á la vigilancia de tan gran número de enemigos, la marcha de nueve mil hombres con sus armas, caballos, artillería y bagaje. Señalóse la noche de 1º de julio (1), tan infausta y memorable para los españoles, que por los grandes males que en ella sufrieron, le dieron el nombre de *noche triste*, con el cual es conocida en la historia. Mandó Cortés hacer un puente de madera, que pudiesen llevar cuarenta hombres, para servirse de él en el paso de los fosos. Despues sacó todas las riquezas de oro, plata y joyas que tenia en su poder; separó

(1) Torquemada y otros dicen que el cadáver de Moteuczoma fue arrojado con los otros al Tehuayoc; pero Cortés y Bernal Diaz dicen que fué enviado fuera del cuartel, en los hombros de cuatro nobles.

(2) Herrera conjetura que las cenizas de Moteuczoma fueron depositadas en Chapoltepec, y se funda en el llanto que los españoles oyeron hácia aquella parte: Solis afirma lo mismo, y añade que en Chapoltepec estaba el sepúlcro de los reyes; mas todo esto es contrario á la verdad, pues Chapoltepec no distaba ménos de tres millas de los cuarteles, y no era fácil oir el llanto á tanta distancia, especialmente en una ciudad tan populosa, tan agitada y turbulenta á la sazon. Los reyes no tenian sepultura determinada, y consta ademas por la deposicion de los Mexicanos que las cenizas de Moteuczoma se enterraron en Copalco.

(3) De la muerte de aquellos señores no hablan Cortés, Bernal Diaz, Gomara, Herrera ni Solis; pero la dan por cierta Sahagun, Torquemada, Betancourt so[illegible] á historiadores mexicanos. Yo cedo al respeto de estos nombres, y al del público; pero con alguna desconfianza acerca del suceso, en que hallo mucha inverosimilitud.

[1] Bernal Diaz dice que la derrota de los españoles ocurrió en la noche de 20 de julio; pero es yerro de imprenta. Cortés dice que llegó á Tlaxcala el 10, y del diario de su marcha se infiere que la derrota debió ser en la noche del primero.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Noche Triste.

la quinta parte, que pertenecia al rey, y la consignó á los oficiales de S. M., protestando la imposibilidad en que se hallaba de sacarla. Dejó todo lo demas á disposicion de sus oficiales y soldados, para que cada uno tomase lo que quisiese, aunque les hizo ver cuánto mejor seria dejarlo todo á los enemigos; pues libres de aquel peso, podrian mas fácilmente salvar sus vidas. Muchos, no queriendo privarse del principal objeto de sus deseos, y del único fruto de sus fatigas, cargaron con aquellas preciosidades, bajo cuyo peso perecieron, víctimas, no ménos de su codicia, que de la venganza de sus enemigos.

TERRIBLE DERROTA DE LOS ESPAÑOLES EN SU RETIRADA.

Ordenó Cortés su marcha en el mayor silencio de la noche, que oscurecian las nubes, y que una lluvia pequeña, pero incesante, hacia mas peligrosa y molesta. Confió el mando de la vanguardia al invicto Sandoval, con otros capitanes, con doscientos infantes y veinte caballos: la retaguardia á Pedro de Alvarado, con la mayor parte de las tropas españolas. En el cuerpo del ejército se conducian los prisioneros, la gente de servicio y el bagaje, á las órdenes de Cortés, con cinco caballos y cien infantes, para llevar pronto auxilio á donde fuese mas necesario. Las tropas auxiliares de Tlaxcala, Cholula y Cempoala, que componian mas de siete mil hombres, se dividieron en los tres cuerpos del ejército. Implorada, ántes de todo, la proteccion del cielo, se rompió la marcha por el camino de Tlacopan. La mayor parte de las tropas pasaron felizmente el primer foso ó canal, por el el puente que consigo llevaban, sin encontrar otra resistencia que la poca que hicieron las centinelas que guardaban aquel punto; pero habiendo notado aquella novedad los sacerdotes que velaban en el templo, gritaron á las armas, y con las cornetas despertaron á los habitantes. En un momento se vieron los españoles cercados por agua y por tierra de un número infinito de enemigos, los cuales con su misma muchedumbre se estorbaban é impedian en el ataque. Fué muy terrible y sangriento el combate en el segundo foso, estremo el peligro, y estraordinarios los esfuerzos para sobrepujarlo. La oscuridad de la noche, el estrépito de las armas, los clamores amenazantes de los combatientes, los lamentos y sollozos de los heridos, y los lánguidos suspiros de los moribundos, formaban un conjunto no ménos lastimoso que horrible. Aquí se oian las voces de un soldado que pedia auxilio á sus compañeros; allí la de otro que clamaba á Dios misericordia. Todo era confusion, clamores, heridas y muerte. Cortés, como buen general, acudia intrépidamente á todas partes, pasando muchas veces los fosos á nado, animando á los unos, ayudando á los otros, y poniendo en los restos de su ejército el órden que podia, no sin gran riesgo de morir, ó de caer en manos de sus contrarios. El segundo foso se llenó de tal modo de cadáveres, que la retaguardia pudo pasar cómodamente sobre ellos. Alvarado, que la mandaba, se halló en el tercer foso tan furiosamente embestido por los enemigos, que no pudiendo hacerles frente, ni pasar á nado, sin evidente peligro de morir á sus manos, fijó la lanza en el fondo del canal, y aferrando la otra estremidad con los brazos, y dando un estraordinario impulso á su cuerpo, se lanzó de un salto á la orilla opuesta. Este prodigio de agilidad dió á aquel sitio el nombre que hasta hoy conserva del *Salto de Alvarado* (1).

Grande fué la pérdida de los Mexicanos en aquella noche. De la de los españoles hablan con variedad los historiadores, como sucede en otros muchos cómputos de aquella época (2). Yo doy crédito al cálculo de

---

[1] Bernal Diaz se burla de los que creian en el salto de Alvarado, y dice que era absolutamente imposible, atendida la anchura y profundidad del foso; pero los otros autores lo citan por cierto, y la constante tradicion lo confirma.

[2] Cortés dice que perecieron 150 españoles; pero ó disminuyó el número, por miras particulares, ó fué yerro de los copistas, ó del primer impresor de sus

Gomara, que hizo diligentes observaciones, y se informó del mismo Cortés y de otros conquistadores. Aquel escritor dice que perecieron cuatrocientos cincuenta españoles, y mas de cuatro mil hombres de las tropas auxiliares, entre ellos, segun el mismo Cortés, todos los Cholultecas. Fueron tambien muertos todos, ó casi todos los prisioneros (1), todos los hombres y mugeres de servicio de los españoles, y cuarenta y seis caballos: se perdieron todas las riquezas que habian recogido, toda la artillería, y todos los manuscristos de Cortés, que contenian la relacion de cuanto habia ocurrido hasta entónces á los españoles. Entre los que faltaron de esta nacion, los mas notables fueron los capitanes Juan Velazquez de Leon, íntimo amigo de Cortés, Amador de Lariz, Francisco Morla y Francisco de Saucedo, hombres de gran mérito y valor: entre los prisioneros perecieron el desventurado rey Cacamatzin, y un hermano, un hijo y dos hijas de Moteuczoma (2). La misma suerte tuvo Doña Elvira, hija del príncipe tlaxcalteca Maxixcatzin.

No pudo Cortés, á pesar de la grandeza de su corazon, refrenar las lágrimas á vista de tanta calamidad. En Popotla, aldea próxima á Tlacopan, se sentó sobre una piedra, no ya á descansar de sus fatigas, sino á llorar la pérdida de sus amigos y compañeros. En medio de tantos desastres tuvo el consuelo de saber que se habian salvado sus mas valientes capitanes, Sandoval, Alvarado, Olid, Ordaz, Avila y Lugo; sus intérpretes, Aguilar y Doña Marina, y su ingeniero Martin Lopez, en quienes cifraba principalmente su confianza de reparar su honor, y conquistar á México.

MARCHA PENOSA DE LOS ESPAÑOLES.

Halláronse los españoles tan débiles y malparados por el cansancio y las heridas, que si los Mexicanos los hubiesen seguido, no hubiera quedado uno solo con vida; pero apénas llegaron al último foso del camino, regresaron á la ciudad, ó porque se contentaron con los estragos que habian hecho, ó porque habiendo encontrado los cadáveres del rey de Acolhuacan, de los príncipes reales de México y de otros personajes, solo pensaron por entónces en llorar su muerte y en celebrar sus exequias. Lo mismo hicieron con sus amigos y parientes muertos, dejando aquel dia limpios los fosos y caminos, y quemando los cadáveres, ántes que inficionaran el aire con su corrupcion.

Al rayar el dia, se encontraron los españoles en Popotla, esparcidos, cansados, penetrados de dolor; y habiéndolos reunido y ordenado Cortés, se pusieron en marcha para Tlacopan, perseguidos sin cesar por algunas tropas de aquella ciudad, y por las de Azcapozalco hasta Otoncalpolco, templo situado en la cima de un pequeño monte, á nueve millas á Poniente de la capital, donde hoy está el célebre santuario y magnífico templo de nuestra Señora de los Remedios, ó sea del Socorro. Allí se fortificaron, segun sus pocos recursos, para defenderse con ménos fatigas, de las tropas contrarias que los molestaron todo el dia. Descansaron algun tanto por la noche, y tuvieron algun refresco que les suministraron los Otomites de dos caseríos próximos, que vivian impacientes bajo el yugo de los Mexicanos. Desde aquel punto empezaron á encaminarse hácia Tlaxcala, su único refugio en aquel desastre, por Cuauhtitlan, Citlaltepec, Xoloc y Zacamolco, perseguidos en toda la marcha, por algunos cuerpos volantes enemigos. En Zacamolco se hallaron tan hambrientos, y reducidos á tanta miseria, que cenaron la carne de un caballo, que murió en una accion de aquel dia, y el general participó, como todos, de aquel alimento. Los Tlaxcaltecas se echaban al suelo para comer yerbas, implorando á gritos el socorro de sus dioses.

Cartas. Bernal Diaz cuenta 870 muertos; pero en este número comprende, como él dice, no solo los que perecieron en aquella infausta noche, sino los que murieron en los dias siguientes hasta la llegada á Tlaxcala. Solis no cuenta mas que 200, y Torquemada 290. En el número de las tropas auxiliares que perecieron están de acuerdo Gomara, Herrera, Torquemada y Betancourt. Solis dice tan solo que faltaron mas de 1000 Tlaxcaltecas; pero esto no está de acuerdo con la relacion de Cortés, ni con la de los otros autores.

[1] Cortés afirma que murieron todos los prisioneros; pero se debe esceptuar á Cuicuitzcatzin, á quien Cortés habia dado el trono de Acolhuacan. Sabemos por el mismo Cortés que este príncipe era prisionero, aunque ignoramos la causa, y por otra parte consta que murió en Texcoco, como despues veremos.

[2] Torquemada afirma, como cosa segura, que pocos dias despues de haberse apoderado Cortés de Cacamatzin, le mandó dar garrote en la prision. Cortés, Bernal Diaz, Betancourt y otros, dicen que murió, como los otros prisioneros, en aquella terrible noche.

BATALLA DE OTOMPAN.

El dia siguiente, apénas se pusieron en camino por el monte de Aztaquemecan, vieron de léjos en la llanura de Tonanpoco, poco distante de Otompan, un numeroso y brillante ejército, ó de Mexicanos, como dicen comunmente los historiadores, ó, como yo creo, de las tropas de Otompan, Calpolalpan, Teotihuacan, y de otros pueblos vecinos, escitados por los Mexicanos á tomar las armas contra los españoles. Algunos autores dicen que aquel ejército se componia de doscientos mil hombres, número que los españoles calcularon á ojo, y que engrandeció sin duda el miedo. En efecto, todos ellos se persuadieron que aquel dia debia ser el último de su vida. Ordenó el general sus abatidas tropas, estendiendo cuanto pudo el frente de su mezquino ejército, á fin de que quedasen de algun modo cubiertos sus flancos con el pequeño número de caballos que aun conservaba, y con el rostro enardecido, dijo á sus soldados: "En tal estrecho nos hallamos, que solo debemos pensar en vencer ó morir. Valor, castellanos, y confiad en que quien nos ha librado hasta ahora de tantos peligros, nos preservará del que nos amenaza." Dióse la batalla, que fué muy sangrienta, y duró mas de cuatro horas. Cortés viendo sus tropas disminuidas, y en gran parte desanimadas, miéntras los enemigos se mostraban cada vez mas orgullosos, á pesar del daño que recibian, tomó una resolucion tan atrevida como peligrosa, con la cual obtuvo el triunfo, y puso en salvo aquellos pobres restos de su ejército. Acordóse de haber oido decir muchas veces que los Mexicanos se desordenaban y huian, siempre que en la accion perdian al general, ó el estandarte. Cihuacatzin, general de aquel ejército iba en una litera, llevada en hombros de algunos soldados, vestido con un rico trage militar, cubierta la cabeza con un hermoso penacho, y con un escudo dorado en el brazo. El estandarte, que, segun el uso de aquellas gentes, llevaba él mismo, era una red de oro, puesta en la punta de una lanza, que se habia atado fuertemente al cuerpo, y que se alzaba cerca de diez palmos sobre su cabeza [1]. Observólo Cortés, en el centro de aquella multitud de combatientes, y resuelto á dar un golpe decisivo, mandó á sus valientes capitanes Sandoval, Alvarado, Olid y Avila, que le guardasen las espaldas, y con otros que lo acompañaron, se adelantó, por donde le parecia mas fácil la empresa, con tanto ímpetu, que arrojó al suelo á cuantos halló al paso. Así fué internándose por las huestes contrarias, hasta llegar al general, á quien echó al suelo de un lanzazo, no obstante la escolta de oficiales que lo defendia. Juan de Salamanca, valiente soldado, de los que acompañaban á Cortés, desmontó con gran prontitud, quitó la vida al gefe enemigo, y arrancándole el penacho, lo presentó inmediatamente al caudillo español [2]. El ejército contrario, viendo á su general muerto, y perdido su estandarte, se desordenó y huyó en tropel. Los españoles, estimulados por tan gloriosa hazaña, le siguieron el alcance, y le hicieron grandes estragos.

Esta victoria fué una de las mas famosas que tuvieron los españoles en el Nuevo-Mundo. Señalóse en ella sobre todos el gene-

[1] Los Mexicanos llaman á estos estandartes *Tlahuizmatlaxopili*.

[2] Carlos V concedió algunos privilegios á Juan de Salamanca, y entre otros el de un escudo de armas para su casa con un penacho, para recuerdo del que habia quitado al general Cihuacatzin, cuando le dió muerte.

ral español, de quien decian sus capitanes y soldados, que no habian visto jamas tanta actividad ni tanto valor, como el que habia mostrado en aquella jornada; pero recibió una gran herida en la cabeza, que fué empeorándose de dia en dia, y puso su vida en gran riesgo. Bernal Diaz alaba justamente el denuedo de Sandoval, y hace ver la parte que tuvo este famoso oficial en la victoria, inspirando valor á todos con su ejemplo y con sus exhortaciones. Tambien elogian los historiadores á Maria de Estrada, muger de un soldado español, la cual armada de lanza y rodela, corria tras las huestes enemigas, hiriendo y matando con un arrojo estraño en su sexo. De los Tlaxcaltecas dice Bernal Diaz que pelearon como leones, distinguiéndose entre ellos Calmecahua, capitan de las tropas de Mexixcatzin. Aquel valiente gefe tomó en el bautismo el nombre de D. Antonio, y fué célebre, mas que por su valor, por su larga vida de ciento y treinta años.

La pérdida de los enemigos fué considerable, aunque no tanto como lo dicen algunos escritores, que la calculan en veinte mil hombres: número increible si se considera el miserable estado á que habian quedado reducidos los españoles, la falta de artillería y otras armas de fuego. La de estos no fué tan pequeña como pretende Solis; pues perecieron casi todos los Tlaxcaltecas, y muchos españoles, á proporcion de su número, y todos salieron heridos [1].

Cansados de seguir á los fugitivos, volvieron á tomar el camino de Tlaxcala, por la parte oriental de aquella llanura. Allí pasaron la noche á descubierto, y el mismo general, á pesar de su cansancio y de su herida, hizo personalmente la guardia para mayor seguridad. Los españoles no eran ya mas que cuatrocientos cuarenta. Ademas de los muertos en los combates precedentes á la noche infausta de su retirada, perecieron en ella, y en los seis dias siguientes, ochocientos sesenta, como asegura Bernal Diaz, muchos de los cuales, habiendo sido hechos prisioneros por los Mexicanos, fueron inhumanamente sacrificados en el templo mayor de la capital.

RETIRADA DE LOS ESPAÑOLES A TLAXCALA.

El dia siguiente, 8 de julio de 1520 (1), entraron, alzando las manos al cielo, y dando gracias al Altísimo, en los dominios de los Tlaxcaltecas, y llegaron á Hueyotlipan, pueblo considerable de aquella república. Temian hallar alguna novedad en la fidelidad de los Tlaxcaltecas, sabiendo cuan comun es que los hombres se vean abandonados en sus infortunios, aun por sus mejores amigos; pero muy en breve se desengañaron viendo sus sinceras demostraciones de aprecio y compasion, por las desgracias que habian sufrido. Apénas tuvieron la noticia de su llegada los cuatro gefes de la república, cuando pasaron á Hueyotlipan á cumplimentarlos, acompañados por uno de los principales señores de Huexotzinco, y por un gran número de nobles. El príncipe Maxixcatzin, aunque afligido por la muerte de su

[1] Solis para exagerar la victoria de Otompan, dice que en los españoles hubo algunos heridos, de los que murieron dos ó tres en Tlaxcala; mas este autor, atento únicamente á la cultura del lenguaje, á los elogios y á las sentencias, no se cura de la exactitud de los números. Dice que Cortés condujo consigo á México, despues de la derrota de Narvaez, 1100 hombres, los cuales, con los 80 que, segun él dice, quedaron con Alvarado, forman 1180. En los combates precedentes á la derrota de México, apénas hace mencion de algun muerto. En la salida, cuenta 200, y en el viaje á Tlaxcala, los dos ó tres heridos en Otompan. ¿Qué se hicieron los 500 ó mas que faltan para componer 1180? Diversa es la idea que nos dan de aquella accion los que en ella se hallaron, como puede verse en las Cartas de Cortés, y en la Historia de Bernal Diaz. "¡O cuánto era furiosa, y espantosa de verse aquella batalla! dice este último. ¡Cómo combatian cuerpo á cuerpo, y con qué furia se lanzaban los perros! [Así llama á los Mexicanos.] ¡Qué heridas y matanza hacian en nosotros con sus lanzas y espadas!" y luego añade: "vuelvo á decir que nos hirieron y mataron muchos soldados."

[1] Bernal Diaz dice que la batalla de Otompan fué el 14 de julio; mas esto es una distraccion, pues Cortés asegura que entraron en los dominios de Tlaxcala el 8, un dia despues de la accion.

querida hija Doña Elvira, procuró consolar á Cortés, con la esperanza de nuevos triunfos, asegurándole que llegaria el dia de la venganza, y que para tomarla, bastaban el valor de los españoles y las fuerzas de la república, que desde entónces le prometia. Lo mismo efrecieron muchos señores. Cortés les dió gracias por su singular benevolencia, y tomando el estandarte del general mexicano, lo regaló á Maxixcatzin, y á los demas señores presentó otros despojos. Las mugeres tlaxcaltecas rogaron á Cortés que vengase la muerte de sus hijos y parientes, y desfogaron su dolor en imprecaciones contra la perfidia de los Mexicanos.

Despues de haber descansado tres dias en aquel pueblo, pasaron á la capital de la república, distante de allí quince millas, para curar sus heridas, de las que murieron ocho soldados. El concurso que asistió á su regreso en Tlaxcala, fué igual, y quizá mayor que el que salió á recibirlos en su primera entrada. La acogida que les hizo Maxixcatzin, y el cuidado que tuvo de ellos, fueron dignos de su ánimo generoso y de su sincera amistad. Los españoles se mostraban cada dia mas reconocidos á aquella nacion, cuya amistad constantemente cultivada fué el medio mas eficaz que emplearon, no solo para la conquista del imperio mexicano, sino tambien para la de todas las provincias que se opusieron á los progresos de sus armas, y para la sumision de los bárbaros Chichimecas y Otomites, que tanto los molestaron.

ELECCION Y MEDIDAS DEL REY CUITLAHUATZIN EN MEXICO.

Miéntras los españoles descansaban en Tlaxcala de sus fatigas, y curaban sus males, los Mexicanos se empleaban en remediar los que habian sufrido la capital y el reino. En el espacio de un año habian esperimentado grandes desventuras; pues ademas de las considerables sumas de oro, plata, piedras, y otras preciosidades que habian gastado, parte en regalos á los españoles, y parte en homenaje al rey de España, de las cuales recobraron sin embargo algunos restos, se habia oscurecido la fama de sus armas, y disminuido el esplendor de la corona: habíanse sustraido á la obediencia los Totonacas y otros pueblos, é insolentado en demasía sus enemigos: hallábanse mal parados los templos, y arruinadas muchas casas de la capital, y sobre todo faltaba el rey, muchas personas reales, y una gran parte de la nobleza. A estos daños que habian recibido de los españoles, se añadian los que ellos mismos se ocasionaban con la guerra civil, cuya noticia debemos á los escritos de un historiador mexicano, que se hallaba á la sazon en aquella corte, y que sobrevivió algunos años á la ruina del imperio.

Cuando los españoles se hallaban en la capital, molestados por el hambre y por las hostilidades del pueblo, algunos señores de la primera nobleza, ó por favorecer el partido de los estranjeros, ó, lo que parece mas verosímil, para socorrer á su rey, que hallándose entre los sitiados, debia participar de sus penurias, los proveian secretamente de víveres, y fiados en la autoridad que les daba su nacimiento, se declararon abiertamente en favor de Cortés. De aquí resultó tan funesta disension entre los Mexicanos, que solo pudo estinguirse con la muerte de muchos ilustres personajes, y entre ellos, Cihuacoatl, Tzihuacpopoca, Cipocatli y Tencuenotzin, hijos los unos, y los otros hermanos del rey Moteuczoma.

Necesitaba la nacion un gefe capaz de restablecer su honor, y de reparar las pérdidas sufridas en los últimos tiempos del reinado de aquel monarca. Fué elegido rey Cuitlahuatzin, poco ántes, ó poco despues de la derrota de los españoles, y era, como ya he dicho, señor de Iztapalapan, consejero íntimo de su hermano Moteuczoma, y Tlachcocalcatl, ó sea general de las tropas. Era hombre sabio y de gran talento, como asegura su enemigo Cortés, y tan liberal y magnífico como su hermano. Gustaba de la arquitectura y de la jardineria, como se vió en